

AGUILAS Y CONDORES

De *Enrique Campos Menéndez*

Editorial Universitaria, Santiago, 1986

La novela histórica se ofrece a los escritores como un desafío y como una tentación. Nada más seductor, pareciera, que adentrarse en los heroicos tiempos, volver a revivir las legendarias hazañas, escuchar latir el corazón de los hombres que un día gestaron el futuro patrio, sentir bullir de nuevo la sangre intrépida y generosa, explicarse el mecanismo de tal o cual episodio, reiterar la aventura, participar en la batalla, comprender la zozobra, castigar al malvado, entender la estrategia, denunciar la infamia, fortalecerse en la adversidad, alegrarse con la victoria, escuchar los secretos de amor de la heroína...

Sí, todo esto es atrayente para el novelista.

Mas ahí también está la voz de la experiencia enumerando las dificultades de la empresa, los riesgos del tema, las escabrosidades del relato.

Agreguemos, además los peligros que ofrece un argumento ya tratado por otros narradores, un argumento que, por tanto, tiene por fuerza que presentarse con rostro distinto para no recordar el menor rasgo del de los antecesores, siendo condición indispensable, y como pie forzado, no perder jamás la fidelidad de los caracteres históricos en los cuales se apoya la fantasía.

Seguramente, ninguno de estos razonamientos, ni favorables ni negativos, escapó a la meditación de Enrique Campos Menéndez, cuando se decidió a traer por otra vez al escenario aquel momento de nuestra nacionalidad, aquel fundamental momento en el que se gestó y se consiguió la emancipación de la península.

Conocedor del hoy y del ayer de nuestra literatura, a la que ha seguido de cerca en uno y otro de sus variados aspectos, no podía escapársele, tampoco, la no desdeñable cantidad de textos consagrados al asunto, desde los de Liborio Brieba, Rosario Orrego, Alejandro Greek, en el siglo pasado, hasta los de Darío Cavada, Jorge Inostrosa, Francisco Méndez, Luis Orrego Luco o Fernando Santiván, entre otros, en la presente década, sin omitir, por supuesto, la obra de Alberto Blest Gana, padre común de esta y de todas las novelas históricas chilenas.

Así, pues, presentar un fruto reciente de este tan explorado y explotado venero no deja de comportar el riesgo altísimo de caer en la repetición o en la semejanza, aun sin pretenderlo, y esto porque se debe trabajar en el mismo campo y con los mismos antecedentes, por lo cual, si se quiere evitar el parecido y la comparación, hay que procurarse un esquema muy personal, consiguiendo, con su desarrollo, suministrar la sensación de un argumento nuevo.

Ella, la novela histórica, se muestra en todo su desamparo en medio de dos manifestaciones culturales de tajante fisonomía: la historia y la narración, lo que la obliga a desplazarse, sin reposo, a lo largo de la escritura, para mantener la rigurosa exactitud histórica, por un lado, y, por el otro, y valga la paradoja, la pintura que le es propia a la paleta del autor, el cual tiene que ensamblar el conjunto de una tan perfecta

manera que ni el documento histórico o la ficción literaria, ni el ser de carne y hueso o el personaje creado tengan una primacía que haría romper el equilibrio.

Por descontado, el autor de *Aguilas y Cóndores* (Editorial Universitaria) conoce con suficiente claridad estos riesgos como para caer en ellos, unos riesgos que podrían llevar a otro autor menos experimentado de la historia a la literatura o de la literatura a la historia, o, si se prefiere, de Caribdis a Escila y viceversa.

El autor tiene una bien probada ejercitación intelectual como para no saber evitar estos escollos, una pericia conseguida en su ya larga y segura trayectoria como escritor, manifestada en una obra de temática impar, pero nunca dispareja, señalando en esta ocasión, a vía de ejemplo, solamente su más reciente novela: *Los Pioneros*, vasto mural o canto épico de la región magallánica, como un documento de primera fuerza.

Pero, con todo, este antecedente suyo, el de su vigencia en el mundo de la narrativa, no bastaría para explicar su actual acierto en el dominio de la novela histórica, género literario, volvamos a repetirlo, de bien difícil manejo, y en el cual se triunfa o se fracasa sin atenuantes, comportando, igualmente, el peligro de una mortal caída, pues allí se trabaja sin red de protección.

La explicación del porqué de la bondad de esta obra de base histórica, *Aguilas y Cóndores*, nos parece residir en dos factores.

Sea el uno de estos factores la nunca desfallecida capacidad de Enrique Campos Menéndez como narrador, esto dicho en el más exigente sentido de la palabra, es decir, demostrándose siempre como un narrador hecho y derecho, sabiendo interesar a los más opuestos auditórios, y no sólo por la claridad de la frase, sino por lo que la frase encierra de interesante contenido.

Esta condición, la de la amenidad del relato, nos parece requisito indispensable para la novela histórica en general, la cual precisamente debe apoyarse en el relato clarísimo para su llegada más inmediata al lector.

Sin embargo, por muy bien llevado que esté el relato, y por mucho que se presente tan claro como en el agua, no bastaría su sola presencia en las páginas de una obra para sostenerla, y Enrique Campos Menéndez lo ha comprendido así, pues ha sabido incorporar el diálogo como factor de apoyo, y acaso de contrapeso, y en una dosificación tal que diálogo y relato llevan ambos una proporción casi igual.

Estos dos factores, a nuestro juicio, dan a la novela su dimensión histórica y literaria, confiriéndole, al mismo tiempo, una soldadura tras la cual se encierran todos los elementos que le dan origen, sin que ninguno de ellos reclame su presencia en forma enojosa.

Relato y diálogo prestan, por igual, a estas águilas y a estos cóndores una velocidad atrayente, justamente la requerida para que el lector de esta novela, de bien extensas dimensiones, pueda seguir la lectura casi sin sentirla.

Saludemos, pues, esta nueva obra del escritor, la que nos remite a tiempos ya legendarios de nuestra historia, cuando chilenos y españoles combatían por la república y por el rey, reconciliados por siempre en la común religión, en la raza común y en el común idioma.

Eso es, digamos, lo verdaderamente importante, y la reconciliación de ambos pueblos sirve de música incidental al libro.

Nada importa, por consiguiente, la vieja querella de la familia falcónida con la familia catártida: las águilas y los cóndores nuevamente se han hermanado en la maestría de su vuelo.

BRAULIO ARENAS

LA CASA CONTIGUA

De *Erich Rosenrauch*

Editorial Pehuén, Santiago, 1986

Las cosas viven, adquieren personalidad, tienen un ser propio muy diferente (por oposición y por proximidad) al de sus usuarios, sobrepasan la realidad física hasta alcanzar el reino de lo misterioso. Si esto no ocurre frecuentemente en la vida cotidiana, se da con cierta frecuencia en la vida de la imaginación creadora.

Como en *El castillo de Otranto* de Walpole, el castillo *es persona*, es un ser vivo, abarcador, temible, difuso, omnipresente: Como en *Las cosas ven* de Eduardo Estaunié, el espejo, el reloj y el escritorio conocen todos los recovecos de la historia familiar y tienen voz para contarlos a los lectores. Pero no siempre es imprescindible tan decidida *impersonación* y este fenómeno de traspaso de la realidad humana a la realidad de las cosas inertes es un impregnarse la materia de las emanaciones espirituales, éticas, de sus poseedores y habitantes. Cuando hablamos de que algo, un lugar, una sala, tiene *ambiente*, estamos señalando, acaso sin pensarlo, este traspaso, este endoso que va de las personas al mundo que las rodea y que no puede ser extraño a ellas en la medida en que sean realmente personas y no sombras o espantajos.

Algo de este misterio circula en el trasfondo de *La casa contigua*, curiosísima, singular novela de Erich Rosenrauch (Editorial Pehuén, Stgo. 1986): dos viejas casas de arquitectura respetable, muy dignas a su manera de tiempos idos. Una es un convento de frailes. La contigua es un burdel. Sólo las separa un jardínillo, en lo físico. De una a otra corre un flujo subterráneo que toma cuerpo en el novicio curioso y en la asilada que busca algo sin saber qué. Y como un *medium* entre convento y burdel el viejo lechero, con algo de serpiente paradisiaca y de Asmodeo *voyeur*.

¿Qué ocurre? Prácticamente nada. Los hechos, ínfimos, cuentan menos que la resonancia que provocan en el interior de los escasos personajes. Y aún más que ellos cuenta la sensibilidad desollada del autor, que siente y percibe como en carne viva. A ratos, esta lacerante percepción tiene destellos casi geniales: "Ese esplendor se parecía a la vida sobre todo por su extinción inminente".

Su modo de ver los colores, las formas, de experimentar "La noche a plena luz",